

mente las pesadas labores industriales mejor y más pronto que los hombres; holgaban los obreros robustos y hábiles: la mano de obra viva no tenía el valor que el sirviente de la mano de obra mecánica. Anteriormente había ya especulado la industria sobre el trabajo de los niños, puesto que en Norwich, en el siglo XVII, un niño de seis años era considerado como apto para el trabajo (1); pero el mal creció extraordinariamente con la vulgarización de la máquina de vapor. En Londres, llegóse a establecer mercados de niños, que desde la edad de nueve años, vendían su trabajo á razón de uno ó dos chelines por semana pagados á sus padres, y estos pequeños esclavos modernos eran, sin compasión, explotados por sus amos. Interrogado un niño de siete años, declara: «Trabajo todos los días hasta las nueve de la noche (desde las seis de la mañana)» (2), es decir, quince horas cada día. Otro niño, empleado en una fábrica de papeles pintados, dijo: «Tengo trece años; en el último invierno hemos trabajado hasta las nueve de la noche, y el invierno anterior, hasta las diez. Este invierno, todas las noches, tenía los pies de tal manera cansados que el dolor me hacía llorar (3). Como es ventajoso en muchas industrias que no paren nunca las máquinas, habían organizadas cuadrillas de niños, que se reemplazaban y trabajaban, los unos de día, y los otros de noche; pero sucedía á menudo que algunos de esos muchachos faltaban á la lista de su cuadrilla, y entonces, sencillamente, ocupaba su plaza otro de sus compañeros que acababa la jornada; y resultaba por consiguiente períodos de trabajo que, sin interrupción, duraban dos días y una noche, y aún dos días y dos noches, períodos verdaderamente homicidas (4). Estos abusos no eran especiales de Inglaterra. Villermé ha aceptado que en Francia los niños de siete años, hasta los de seis, han sido retenidos en las fábricas de hilados diez y seis horas cada día y trabajando en la misma un efectivo de quince horas y media (5). En Inglaterra, los vidrieros, declararon tranquilamente, en una información, que los chicos por ellos empleados no podían regularizarles las horas para la comida, porque esto les haría perder calor en los hornos (6). En las minas, bajaban los niños á las tres ó á las cuatro de la madrugada y trabajaban doce horas seguidas, y después de ésto, como irrisión, les ofrecían escuelas nocturnas; pero algunos de ellos al concluir la jornada, hallábanse tan extenua-

dos, que se tendían en el suelo sin ánimo para irse á dormir en su cama. Durante el día debían arrastrar, desde el punto de extracción hasta el punto de reunión (algunas veces á más de 1400 yardas) banastas conteniendo aproximadamente 700 kilogramos de hulla (1). Interrogado un obrero, declaró que su padre lo había dedicado al trabajo de las minas desde la edad de cinco años. En determinadas minas, no tenían los chicos ni un momento de descanso y trabajando debían comer (2). Todos estaban pálidos, debilitados, y á pesar de las escuelas nocturnas, llegaban á los diez y seis y diez y siete años y no sabían leer ni escribir. Cuando se legisló sobre el trabajo de los niños, los padres solicitaban que se admitieran á sus hijos á pesar de no contar la edad legal para trabajar. La venta de los hijos por sus padres, no debe, pues, considerarse un abuso especial de las épocas bárbaras ó salvajes.

La explotación de las mujeres, ha sido, todavía quizá, más inhumana que la de los niños. A menudo han estado ocupadas en el trabajo desde las seis de la mañana hasta media noche (3). En una fábrica de papeles pintados, jóvenes de trece años trabajaban de las seis de la mañana á las diez de la noche (4). Durante mucho tiempo también se han dado al trabajo de las minas; arrastraban, con una cadena, banastas llenas de hulla. Actualmente no trabajan sino á fuera, en la boca de los pozos; han reemplazado á muchachos que han sido enviados á trabajar dentro de la mina. Es su tarea de las más penibles, con una duración de doce horas; cada una de ellas recoge y transporta diariamente hasta diez toneladas de carbón, al aire libre, es verdad, pero la mayoría de las veces sin abrigo y caladas hasta los huesos. Su salario es inferior, naturalmente, al de los hombres, y casi siempre se lo beben sus maridos ó sus hermanos. Todas van arropadas con trajes de hombres, y según dicen los mismos obreros, tienen costumbres muy malas (5). Pocos años hace que en una fábrica de paños, en Moravia, donde no empleaban casi sino mujeres (141 por 4 hombres) trabajaban de catorce á diez y ocho horas cada día. Cuando llegaban á estado interesante, no podían abandonar el trabajo sino el mismo día del parto, y sólo les concedían cuatro días de reposo. Si á lo más tardar no volvían á la fábrica el sexto día, eran despachadas sin compasión (6). Me limito á citar eso sólo como nuestra del tra-

1 Macaulay, Hist. d' Angleterre, etc, t. ch. III, pán. 458.

2 Childrer's Employment Camission, p. 81, n.º 31.

3 Ibid, p. 105.

4 Ibid, p. 106.

5 K. Marx, Loc. cit, ch. X, p. III.

6 J. Simon, L' ouvrier de huit ans, 485.

1 K. Marx, Loc. cit., 113.

2 Enquête parlement. sur l' indust. houilliére et la condit. des ouvriers mineurs en Angleterre, t. I.

3 Ibid, 69, 42.

4 K. Marx, Loc. cit., p. 171.

5 Enquete parlementaire, etc, t. II, 206.

6 Les esclaves de l' usine, etc, en Autriche et en Allemagne.